



De la Iglesia-institución al grupo comunitario

Hace unos meses el cardenal Suenens dio mucho que hablar con las declaraciones hechas a *Informations Catholiques Internationales*. De ellas me hice eco en un artículo de esta revista, y en una entrevista que me hicieron en *Cuadernos para el Diálogo*.

El «escándalo» que produjo este cardenal —que no es tan progresivo como se piensa— fue grande; pero nadie, salvo su colega y oponente, el conservador cardenal Daniélou, se atrevió a rectificarle en público. La razón era sencilla: la exposición de la Iglesia que, tímidamente para mi gusto —aunque demasiado claramente para otros gustos—, hacía el cardenal belga no era nada original. Trataba solamente de describir, en vistas al futuro, lo mismo que había pasado en los dos primeros siglos de la Iglesia católica, utilizando en su descripción palabras un poco más modernas.

El mejor especialista que tenemos actualmente en historia de la organización eclesiástica de los primeros siglos del cristianismo es el sacerdote Jean Colson, quien —fuera de todo progresismo— describía así la Iglesia de los tiempos cercanos a Jesucristo: «Esta Iglesia local aparecía como un punto de cristalización de la Iglesia universal... que la encarnaba en un lugar determinado, siendo por eso mismo una Iglesia católica, esto es: según *el todo*. Lo universal del cristianismo no aparecía para nada en un poder burocrático de tipo centralizador, como el que ha existido posteriormente en la historia del cristianismo, sino que el sentido amplio y abierto del mensaje evangélico era el que se encarnaba en cualquier pequeño grupo o comunidad de cristianos sinceros, y les daba la tónica universal.

El problema de los lazos de unión entre los diferentes grupos comunitarios de la primitiva Iglesia nunca se planteó al nivel jurídico, sino al nivel vital de encarnación del mensaje de amor y de justicia del Evangelio en todos los que pretendían ser cristianos, estuvieran donde estuviesen y fuera cual fuese su latitud geográfica.

El obispo era una figura que daba este tono de universalidad a la pequeña comunidad cristiana de cada lugar. El obispo —que era un coordinador más que un jefe— se llamaba «católico», justamente porque no era un obispo localista, sino una persona que sabía superar los estrechos límites particularistas de su lugar, para intentar hacer revivir el sentido universal del mensaje que el cristianismo aportó al mundo.

Por eso Suenens decía que la catolicidad no se obtenía por medio de un gran poder centralizador, que tuviera el riesgo de convertirse en un cierto imperialismo burocrático.

Y, sin embargo, hay que reconocer que, históricamente, la estructura humana de la Iglesia fue adquiriendo —a pesar de estos prometedores comienzos— las características de una «sociedad perfecta», con todos los elementos de poder que corresponden a la imitación de la sociedad civil que existía en aquellos primeros siglos: «El gobierno de la Iglesia se hace, por analogía con el gobierno del imperio de Roma, tanto en su conjunto como en sus partes, un gobierno monárquico hasta en el estilo de los soberanos absolutos». (H. Borgert, «Hacia una Iglesia más secular». Editorial SIGUEME.)

Por eso muchos piensan que el Papa, después de haber estado rodeado de las características de un soberano temporal, tiene que representar más el papel de servidor de la comunidad; debe estar siempre al servicio de la misma, como persona que estimula y ayuda, y no como persona que manda y domina: «La Iglesia que está en Roma aparece así esencialmente como el centro de comunión y, cuando sea necesario, de suplencia por caridad del servicio de Cristo». (J. Colson.) El pasado debe ser solamente «un primado de servicio, ministerio y amor», como aseguró Pablo VI en su encíclica *ECCESIAM SUAM*.

Toda la esclerosis burocrática, que criticaba el cardenal Suenens, ha producido en muchas ocasiones el fenómeno que tanto escandaliza a los que no son cristianos: el de los «creyentes incrédulos, que creen sólo por rutina». (H. Borgert, o. c.) Y lo que muchos nos preguntamos es si interesa continuar por esta línea tan poco vital, y de tan poco testimonio ejemplar, por mantener la ficción de esta fe-superstición, o de esta fe-

folklórica, de la que hasta algunos obispos españoles —como el de Las Palmas y el actual de Oviedo— han hablado algunas veces.

Muchos pensamos si no sería preferible fomentar lo vital y lo dinámico en el cristianismo concreto de los creyentes, dejando de una vez la ilusión «de describir a la Iglesia, en forma de un cuadro utópico, como si fuera una nueva humanidad, olvidando que es siempre el *pequeño grupo*». (Lucas XII, 32.) Pequeño grupo que no tiene que convertirse en una élite superior de los puros, sino en fermento modesto al servicio de la humanidad. (A. Winklhofer, «L'Eglise aujourd'hui».)

Eso es lo que está ocurriendo actualmente en diversos sectores católicos de todo el mundo. Italia y Norteamérica se llevan la palma, fomentando lo que, en un lenguaje inexacto, se llama ahora «la Iglesia subterránea».

La dinámica de estos pequeños grupos no tiene nada de misterioso ni compone esa mal llamada Iglesia subterránea, por la sencilla razón de que nunca el cristianismo fue subterráneo, ni siquiera en tiempos de las catacumbas, como algunos, por error histórico, creen.

El cristianismo ha sido falsamente presentado, o como una religión esotérica o como un proselitismo sectario; pero nada tiene que ver con ello. El cristianismo ha de ser —como ya lo fue— «que los fieles se encuentren en situación de *diáspora*, esparcidos entre los no-creyentes; y viviendo como ellos en sus costumbres de civilización y cultura humanas, sin evadirse del mundo como los antiguos monjes. Los templos —en un mundo secular— tendrán por eso que desacralizarse: «las reuniones regulares de los creyentes exigen disponer de un centro de reunión; en cada ciudad, distrito o región podrían existir varios de esos centros, sin que sea preciso hablar de parroquias en el sentido antiguo de la palabra... Y, en su aspecto exterior, se adaptarían al ambiente de este tiempo *desacralizándose*; huyendo de los espacios amplios, se dispondría de una sala tranquila en la que reunirse... para la celebración eucarística. La construcción de ese edificio estaría guiada por el enfoque que se le dé a la Eucaristía, y hoy la *ofrenda* (eucarística) se realiza bajo el rito de una comida». (H. Borgert, o. c.)

Algunos piensan —como yo— que estos pequeños núcleos vitales de cristianos, que se juntan periódicamente para animarse a llevar el sentido de amor y de justicia del Evangelio al mundo, realizarán sus reuniones del modo más familiar y amistoso posible. Su templo, probablemente, será el propio hogar, y no un edificio que pierda las dimensiones de la intimidad. Su ausencia de poder humano institucional estará representada hasta en esto.

Sin embargo, sería totalmente equivocado pensar que la Iglesia del futuro será como un club: «La Iglesia no es un club privilegiado y exclusivo de los que detentan la salvación por oposición a aquéllos que no la tienen...: es, por el contrario, la minoría al servicio de la mayoría». (Y. Congar. «Vasto mundo, mi parroquia».) El cristiano deberá estar siempre al servicio de todos y de todo, y se encontrará metido con las manos en la masa, en cualquier momento o lugar en donde la paz, la justicia, la autenticidad y la humana cooperación al servicio del hombre, se encuentren en peligro, o deban ser seriamente desarrollados. Pero lo hará siempre comprometiéndose, y nunca dando lecciones de superioridad.

Todos estos pequeños grupos vitales, en los que probablemente se manifestará en el futuro el cristianismo, no serán grupos sectarios de puritanos —como ya he dicho—, sino modestos núcleos que ayudarán, a los hombres que en ellos se reúnen, a vivir más y mejor comprometidos en la masa del mundo, sin afán alguno de dominio ni de poder: «Serán la tropa de vanguardia de la humanidad» —como dice H. Küng—, que es lo que bien pocas veces hemos sido para desgracia nuestra.

Esa es la única razón de nuestra existencia de cara al mundo; pero, ¿sabremos cumplirla?